

La economía en evolución (prólogo a la tercera edición)

José-Manuel Naredo

Los años transcurridos desde la segunda edición de este libro no han ofrecido acontecimientos tan relevantes como los comentados en el prólogo anterior (me refiero, por ejemplo, a la caída de la Unión Soviética o, dentro del pensamiento económico, a la caída tanto del keynesianismo como del marxismo y el consiguiente avance del liberalismo,... o a la «deriva instrumental» de la ciencia económica). En estos años se ha reforzado pura y simplemente el panorama político «unipolar» resultante bajo el mandato de los Estados Unidos. La situación mundial ha derivado por una pendiente que sostiene el autoritarismo en nombre de la democracia y el intervencionismo en nombre de un supuesto neoliberalismo,... originando analogías con el panorama descrito por R.H. Tawney (1921)¹ para el período de entreguerras en un libro hoy descatalogado: «en nuestros días los horrores que hace años se juzgaban exorcizados por el progreso y la civilización han vuelto uno por uno: el gobierno de la espada y del asesino contratado por los gobiernos,...; una esclavitud apenas encubierta,...; un desdén hacia las leyes internacionales de las grandes potencias que habría llenado de asombro a la generación anterior,...; y la prostitución del humanismo, el honor personal y el decoro de la vida

pública por el dinero». El hecho de que cobre actualidad este panorama tan ligado a la visión del *hombre* como depredador nato de la naturaleza y de sus propios congéneres divulgada por O. Spengler (1933),² extendió entonces como ahora la idea de crisis de valores y de civilización. Pero, a diferencia del período de entreguerras, la pérdida de fe en los mitos y metas de nuestro tiempo va unida a la experiencia de las falsas y penosas «alternativas» ensayadas hasta el momento, demandando replanteamientos conceptuales e ideológicos de fondo todavía pendientes, entre los que figura la revisión de la propia idea usual de *lo económico* que se acomete en este libro.

Durante los últimos tiempos el pensamiento económico ha seguido siendo tributario de la idea usual de *sistema económico* (con su mitología de la *producción* y el crecimiento) y privilegiando las panaceas del *mercado* (frente al *Estado*), de la gestión y planificación *empresarial* (frente a la *estatal*)... o del *liberalismo* (frente al *intervencionismo*). Se plantea así una disyuntiva tan pobre y sesgada como útil para limitar y descalificar toda posible alternativa a base de reducirla a un presunto «intervencionismo estatizante» que el desmoronamiento del antiguo «bloque soviético» se había encargado de descalificar. Pero se olvida que esta disyuntiva sólo se tiene de pie cuando ambos extremos aceptan la misma idea de *sistema económico*, reproduciendo, por ejemplo, el prolongado enfrentamiento entre «marxismo» y «liberalismo»: ambas ramas del pensamiento económico partían del mismo tronco de la idea usual de *sistema económico* y tenían la misma meta *desarrollista* (véase Capítulo 12) aunque disintieran en los medios para alcanzarla. Precisamente al continuar todavía bien asentado el tronco común de la economía estándar, las circunstancias políticas que recortaron la rama «marxista» contribuyeron reforzar la rama «liberal». Todo ello teniendo en cuenta que,

¹ R.H. Tawney, *The Acquisitive Society*, Londres, 1921 (*Hay traducción en español descatalogada de Alianza Ed., 1972*).

² O. Spengler, *Man and Technics*, Nueva York, 1932 (*Hay traducción en español de Espasa Calpe, 1967*).

como se advierte en el libro ahora prologado, el capitalismo es un sistema social concreto que se ha ido fraguando en el devenir histórico y nó la realización de la utopía liberal. Por eso los poderes establecidos acostumbran a echar mano de ésta para vender ciertos productos privatizadores o desreguladores acordes con sus intereses, a la vez que silencian las propuestas del liberalismo que desautorizan las constantes intervenciones del Estado que los empresarios reclaman. Lo mismo que se propugna el mercado *libre*, como sinónimo de *sin reglas*, para dejar las manos *libres* a los poderosos, ignorando que el ejercicio de la libertad requiere redes sociales y reglas que lo posibiliten.³ Reputar en este contexto de (neo)liberales a nuestros gobernantes, además de carecer generalmente de fundamento, sirve para ocultar el intervencionismo discrecional económico, militar, etc. al que nos tiene habituados el sistema de poder hegemónico en el mundo.

Pero seguir alimentando a estas alturas la polémica liberalismo-intervencionismo, sirve sobre todo para desviar la atención de otras cuestiones más fundamentales relacionadas con la revisión de la propia idea de *sistema económico* y del marco institucional que le da forma en el mundo actual. Esta revisión presupone reconsiderar las metas de la sociedad y replantear las reglas del juego económico vigentes, revisando los distintos mecanismos de regulación y de intervención que toda sociedad comporta (normalmente, en economía, la mayor regulación inicial requiere menos intervención posterior y viceversa: así, tras la desregulación financiera de los últimos años ha culminado un intervencionismo discrecional sin precedentes para paliar los efectos de la presente crisis económica sobre los principales bastiones del capitalismo transnacional). Y si se tiene en cuenta que un mismo objetivo puede perseguirse por distintas vías, más o menos intervencionistas o liberales, la discusión de esta disyuntiva queda relegada a un nivel secundario o instrumental. Pero esta es la hora que no se ha cuestionado todavía la noción usual de *sistema económico*, ni el marco institucional que lo encarna en la sociedad actual (salvo en algunos trabajos a los que se hace referencia en este libro).

En efecto, en los últimos años la idea usual de *lo económico* ha alcanzado una importancia sin precedente, impulsada por el universalismo capitalista en boga. Este libro analiza precisamente la génesis, evolución y perspectivas de esa idea de *lo económico* cuya actualidad invasora, paradójicamente, no

incentiva a reflexionar sobre ella. Gracias a que el pensamiento dominante suele ejercer su dominio desincentivando los intentos de relativizarlo, este libro mantiene su novedad e incluso acentúa su condición de rareza que se sale de la norma. La acogida de este libro depende, así, del doble juego entre el efecto mental paralizante de los dogmas y mitos económicos de nuestro tiempo y la curiosidad intelectual que impulsa a revisar sus fundamentos y a situarlos en perspectiva histórica. Ya es algo que, en tiempos poco propicios para reflexiones de fondo, el libro se haya seguido vendiendo hasta el punto de agotar dos ediciones sin apoyos publicitarios ni académicos. Cabe esperar que las frustraciones, los sufrimientos y los daños que prodiga por el mundo el sistema ¿económico? imperante acaben espolcando la crítica y revitalizando el afán de reflexionar sobre las raíces ideológicas de esa noción de sistema, con sus coartadas justificatorias, sus sesgos y sus limitaciones, abriendo así la puerta hacia posibles «alternativas».

La crisis ambiental y la polarización social han marcado el final del siglo XX, pero estos problemas no han llegado a erosionar seriamente la fe en la senda de *progreso* indefinido que nos había propuesto la civilización industrial. Es más, aunque ya no se estile hablar de *progreso*, sino de *modernización* y *desarrollo* que lo presuponen, puede argumentarse que el *proyecto de modernidad* subyacente nunca se había extendido tanto, ni había desbancando tanto como ahora a otras formas de ver el mundo. La pertinaz resistencia de la fe en el *progreso* ante cualquier evidencia contraria denota el trasfondo ideológico-religioso que la alimenta. El racionalismo cientifista no ha traído el esperado «desencantamiento» weberiano de la realidad, sino nuevas formas de oscurantismo. Pues la razón científica no ha contribuido tanto a desacralizar el mundo, como a cambiar sus referentes simbólicos y a revestirlos de nueva racionalidad. Lejos de «planes racionales» o de «conspiraciones conscientes», la sociedad se ha visto arrastrada por una «inercia irracional» en la que el dios del «progreso económico» ha eclipsado a las viejas deidades y donde las personas siguen, como antes, aferradas a visiones simplistas del mundo que les ayudan a convivir con

³ Sobre la mitología y la realidad del mercado, véanse las reflexiones teóricas y los ejemplos clarificadores contenidos en F. Aguilera, *Los mercados de agua en Tenerife, Bilbao, Bakeaz, 2002, 143 pp.*

sus problemas, sin enfrentarse a la ardua tarea de resolverlos.⁴

El gran éxito del proyecto de *modernidad* civilizatoria que nos ha tocado vivir estriba en su capacidad para apoyar sus fundamentos en valores que se suponen universales, trascendentes y, por lo tanto, ajenos a consideraciones espacio-temporales, y para vincularlos, con visos de racionalidad científica, a evidencias empíricas domesticadas que dan puntual cuenta de los logros del *progreso* prometido, a la vez que soslayan las consecuencias *regresivas*, no deseadas, que los acompañan. La ciencia económica «normal» ha desempeñado un papel fundamental en este juego reduccionista, aportando el núcleo duro de la racionalidad sobre la que se asienta el pensamiento dominante. Una vez sometido el mundo al yugo de ese pensamiento dominante, guiado por una racionalidad económica servil al universalismo capitalista en curso, se ha podido postular a bombo y platillo la «muerte de las (otras) ideologías» y «el fin de la historia». La falta de pudor intelectual que subyace al manejo acríptico y desenfadado de tales afirmaciones, en un mundo intelectual que se supone informado, da cuenta de la impunidad con la que se desenvuelve el reduccionismo imperante cuando tales consideraciones parecen más propias de visiones paleocientíficas hoy trasnochadas: nos recuerdan ese «orden natural» supuestamente *inmutable*, fruto de la *creación divina*, al que se consideraba sujeto el mundo antes de que Darwin formulara con éxito la teoría de la *evolución*. Curiosamente, en una cabriola intelectual sorprendente, semejante inmovilismo reduccionista suele venir aderezado con alardes de relativismo «postmoderno», para huir así de los problemas del presente.

A medida que se refuerza la función apologética del *statu quo* que ejercen las academias y las administraciones estatales y empresariales, embarcadas en reflexiones instrumentales y campañas de «imagen verde» dignas de mejor causa, decae su capacidad para documentar, interpretar y gestionar con realismo los principales problemas del mundo actual. Por lo común, tanto las ciencias sociales y «ambientales», como las adminis-

traciones que se ocupan de estos temas, invierten más esfuerzo en ocultar que en analizar y corregir los problemas de fondo que originan una polarización social y un deterioro ambiental crecientes. La vergonzosa falta de datos sistemáticos sobre la ocupación del suelo y los flujos que componen el metabolismo de la sociedad actual, a sus distintos niveles de agregación, sobre las condiciones de vida y los puntos de vista de la población, e, incluso sobre el panorama financiero internacional, corre paralela con los miles de satélites enviados a la atmósfera, con la masiva información mediática y con un sinnúmero de agregados monetarios de *producción*, *consumo*, etc. e indicadores derivados de ellos. En el terreno de las ideas, ya no se critica ese sistema histórico que es el capitalismo ni, menos aún, el imperialismo, sino los supuestos demonios la «globalización» y del «neoliberalismo»; ya no se subrayan los absurdos que conlleva la mitología de la salvación por el crecimiento, consustancial a ese sistema, sino que se trata ilusoriamente de hacerlo «sostenible»; como tampoco se trata de paliar esa relación de subordinación y explotación que es el trabajo asalariado, o de sustituirla por otras más cooperativas, sino que se pide su extensión con el afán ingenuo de lograr el «pleno empleo», etc., etc. Y es que de tanto simplificar y forzar el realismo en los enfoques, éstos se han pasado de tuerca haciéndose cada vez más irreales.

El enfoque económico estándar apenas ha acusado recibo todavía de las alteraciones que en el modelo de dominación imperante han venido acarreado algunas de las tendencias en curso, que van dejando obsoletas sus usuales coartadas justificatorias. Por ejemplo, el creciente predominio de lo financiero en el reparto de la capacidad de compra sobre el mundo, socava la tradicional justificación *productivista* del trabajo y la consideración del «industrialismo» como la llave de la riqueza. Tampoco se quiere ver el estrepitoso fracaso del enfoque económico estándar cuando, tras divulgar por el mundo la buena nueva del *desarrollo*, se observa que el carrusel de la *producción* y del *consumo* no consigue colmar el creciente listado de *necesidades* creadas por el sistema, engrosando la población de *necesitados* hasta extremos nunca vistos.⁵ Y es que la acrecentada función de atractores de capitales ejercida desde esos escaparates del consumo que son las metrópolis y estados metropolitanos, ha acentuado también su función de atractores

⁴ Sobre la querencia psicológica de las personas a asumir representaciones simplificadas de los problemas para mejor convivir con ellos véase L.B. Slobodkin, *Simplicity&Complexity in Games of the Intellect*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1992, pp. 40-64.

⁵ J.M. Naredo, «Sobre pobres y necesitados», en J. Riechmann (coord.) *Necesitar, desear, vivir*, Madrid, La Catarata, 1998, pp. 173-180.

de población, llegando a invertir el flujo migratorio que tradicionalmente se operaba desde los estados metropolitanos hacia los territorios explotados. Se ignora así que el sentimiento de pobreza que invade el mundo es un subproducto del éxito de la idea usual de *lo económico*, que ha conseguido romper, con la ayuda de los *media*, la capacidad secular de la especie humana para adaptar sus patrones de vida a las limitaciones y posibilidades del entorno, a fin de convivir dignamente con ellas. Al igual que también lo es el deterioro planetario originado por los masivos procesos de extracción y contaminación que acarrean el funcionamiento expansivo de la máquina económica.

A la vista de lo anterior, parece que se ha invertido el antiguo papel *progresivo* que en su día se atribuyó a las ciencias sociales. Desde Platón y Aristóteles se ha venido pensando que las personas son capaces de mejorar la sociedad en la que viven y que el conocimiento racional (científico) puede brindar el punto de apoyo necesario para facilitar cambios sociales positivos. Sin embargo hoy flaquea ese racionalismo ingenuo, al observar que el conocimiento científico es también un instrumento al servicio de la ideología y los intereses establecidos y que en la economía, esa «reina de las ciencias sociales», ha ido ganando peso esta función: en los últimos tiempos hemos asistido a la extensión de un discurso económico reduccionista que aniquila la posibilidad de reconsiderar las metas de la sociedad y, por lo tanto, de cambiarla, haciendo que incluso la política se supedita a ese discurso. La reflexión económica estándar se sitúa así en un campo meramente instrumental, servil al ciego instinto de promoción competitiva y al desatado mecanismo del *crecimiento económico*, encubriendo los daños sociales y ambientales que tal modelo ocasiona o ayudando a asumirlos como algo normal o inevitable, como si del pedrisco o el rayo se tratara.

Insistamos en que la situación crítica de la actual civilización alimenta una pugna ideológica disfrazada con envolturas científicas, entre el recurso antes apuntado a evidencias domesticadas que magnifican «la irrefrenable marcha hacia el *progreso*» de nuestra sociedad y soslayan los signos de *regresión* cada vez más ostensibles que muestran el deterioro ecológico y la polarización social en el acontecer diario. Asistimos así a las tribulaciones del discurso dominante por ingeniárselas, no solo para subrayar los signos de *progreso*, sino sobre todo para ocultar los signos de *regresión* o para ayudarnos a convivir con ellos, aspectos éstos en

los que la economía estándar juega un papel de creciente importancia, que ha acabado invirtiendo su razón de ser como disciplina desde su mayor criticismo originario hasta su conformismo actual. Creo que este libro permite analizar el mencionado cambio de función, pero para ello es necesario aproximarse a la economía desde perspectivas distintas de las habituales.

El problema estriba en que, a fuerza de presentarse *la economía* como rama del saber científico orientada a racionalizar la gestión sopesando con cordura las posibilidades de «asignar medios siempre escasos al logro de fines alternativos», nos hemos ido creyendo que ésta era su única función y que si no lograba bien su meta racionalizadora era por las dificultades que surgían en el mundo real a hora de aplicar sus modelos. Pero ¿y si la principal función de la economía estándar no fuera esa? ¿Y si sus elaboraciones, en principio bienintencionadas, estuvieran sirviendo hoy más para ocultar, que para racionalizar, los principales problemas que la gestión plantea en las sociedades de nuestro tiempo? ¿Y si su racionalismo fuera cada vez más huero y alejado de los principales conflictos del presente y sirviera para desviar la atención sobre ellos y para divulgar una ideología conservadora del *statu quo* que los genera? ¿Y si hiciera implícitamente las veces de apologética de ese poder crecientemente económico que gobierna en el mundo? Creo que este libro ayudará al lector a responder por sí mismo a estos interrogantes y a ver en qué medida la función mixtificadora y conservadora de la *economía estándar* determina hoy su propia existencia como disciplina. El lector podrá advertir también hasta qué punto el aparato conceptual de *la economía* estándar se fraguó con ánimo de liberar la gestión del arbitrio, la regalía y el despotismo burocrático propios del «antiguo régimen», primero, y del «intervencionismo» marxista e incluso keynesiano, después, y cómo esta disciplina perdió su mordiente crítico con la hegemonía plena del capitalismo. Su principal fuerza y su principal flaqueza derivan de ello. Su principal fuerza arranca de ser precisamente el bastión ideológico, revestido de ciencia, del *statu quo* capitalista hoy dominante en el mundo. Su principal flaqueza reside en que esta función a la vez mixtificadora y laudatoria degrada obligadamente su capacidad de interpretación y de predicción de los problemas del presente, socavando con ello su propio estatuto científico. El presente libro ayuda a comprender la

mencionada función mixtificadora del pensamiento económico dominante, abriendo la puerta a posibles alternativas. Ya que conocer los orígenes de nuestros males es el primer paso para poder tratarlos con éxito o, al menos, para tomar conciencia de ellos y prever su evolución.

* * *

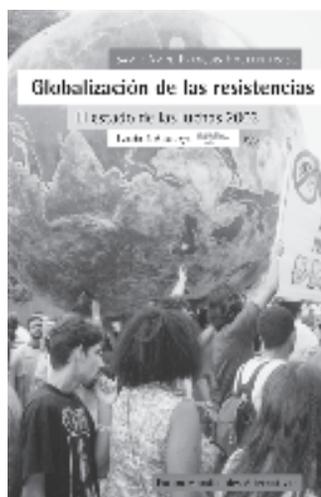
NOTA: La presente edición (Siglo XXI, Madrid) revisa y amplía la bibliografía, el índice onomástico y las notas actualizadoras de los capítulos incluidas al final del libro.

* * *

Agradecimientos

Agradezco los comentarios relativos a este prólogo de Carlos Castrodeza, Manuel Santos, Federico Aguilera, Pedro Menéndez y Óscar Carpintero. Reitero también mi agradecimiento a las demás personas citadas en ediciones anteriores, con las que sigo manteniendo relaciones de amistad y colaboración que me ayudan a mantener viva la reflexión sobre esa economía abierta y transdisciplinar que tratamos de construir.

Madrid, enero de 2003



SAMIR AMIN - FRANÇOIS HOUTART (eds.)

Globalización de las resistencias El estado de las luchas 2003

Icaria ✿ Antrazyt

De Seattle a Génova, del Otro Davos a Porto Alegre, las protestas contra las políticas neoliberales se multiplican. La dinámica de convergencia entre movimientos sociales antiguos y nuevos, urbanos y rurales, del Norte y del Sur, en gestación desde hace varios años, se cristaliza en nuevas coaliciones y campañas de envergadura internacional contra el modelo actual de globalización.

La obra *Globalización de las resistencias. El estado de las luchas 2003* tiene como ambición dibujar el panorama de estas luchas sociales en los diferentes regiones del mundo, situándolas en sus contextos económico y político.

Pone también en evidencia la intensificación de las movilizaciones mundiales alrededor de algunas encrucijadas «globales», que comprenden desde la deuda exterior hasta la problemática del agua, hoy instrumentalizada en provecho de los intereses privados.

Frente al redesplegamiento de las luchas a escala mundial, se impone una reflexión de fondo: ¿en qué y de qué manera la fase neoliberal del capitalismo constituye, en sí misma un desafío mayor para los movimientos sociales? ¿Cómo concebir una estrategia del desarrollo que libere a los pueblos de las relaciones de dominación internacional, y bajo qué condiciones las alternativas avanzadas por los movimientos sociales pueden responder al doble peligro de la mercantilización y de la militarización del mundo?

Iniciativa del Forum Mondial des Alternatives, fruto de múltiples colaboraciones, *Globalización de las resistencias. El estado de las luchas 2003* se constituye como un instrumento al servicio de esta globalización de las resistencias y de las luchas.